

Por Constanza León A.

El sonido solemne de las gaitas da inicio a la ceremonia, detrás de los gaiteros, toda la directiva de la academia; y en el público, asistentes y los miembros recién elegidos al borde de las lágrimas. Así fue el ingreso de Ramón Latorre de la Cruz como nuevo miembro de la Academia de Artes y Ciencias de EE.UU., por su relevante contribución al campo de la neurociencia y, en particular, al conocimiento de los canales iónicos, en una ceremonia realizada en un auditorio del MIT en Cambridge, Massachusetts. Es la misma academia a que la pertenecieron George Washington, Albert Einstein, John F. Kennedy y Nelson Mandela.

El bioquímico chileno, de 82 años —viudo con 4 hijos y 7 nietos— es Premio Nacional de Ciencias Naturales 2002, investigador y exdirector del Centro Interdisciplinario de Neurociencias de Valparaíso (CINV) y académico del Instituto de Neurociencias de la U. de Valparaíso.

“Al firmar el libro que han firmado los que en gran parte han hecho la cultura de este planeta, uno se siente muy pequeño. La emoción es muy grande porque hay todo un sistema, de colegas y estudiantes, que permitieron que uno llegara hasta allá. Es la primera academia dedicada al conocimiento en EE.UU., creada por John Adams en plena Guerra de Independencia. Políticos, científicos, humanistas, dedicados al bienestar y la felicidad de la gente. A un país que se forma de esa manera, no tiene más que irle bien”, señala Latorre desde su oficina en Valparaíso.

“Es muy importante el concepto de transdisciplina. Uno de los discursos lo dio el actor John Lithgow. Y entre los galardonados, estaban el director de orquesta Gustavo Dudamel y el escritor Salman Rushdie. Yo me saqué una foto con la carta de aceptación de Paul McCartney y la de Martin Luther King”, añade.

—Evidentemente, es tremendo reconocimiento, pero ¿cómo lo sintió usted?

—Fue como recuperar la historia. Es que la ciencia en Chile es extremadamente joven. Tú estás mirando a uno de los primeros doctores (sonríe): yo y María Cecilia Hidalgo, presidenta de la Academia de Ciencias. Nos recibimos en 1969, bastante antes de que saliera el decreto que creaba el doctorado. Seguimos a quienes empujaron la ciencia en ese tiempo: Osvaldo Cori, que crea la carrera de Bioquímica; Joaquín Luco, en Neurociencias; Igor Saavedra en Física y Mario Luxoro, en Biofísica, el jefe de nuestra tribu, por nombrar a los que más influyeron en mí. Los chilenos —porque no soy el único— podemos llegar a la academia en EE.UU., a pesar de lo difícil que es hacer ciencia en este país.

La historia de Latorre en Norteamérica comienza con una beca del National Institute of Health, donde trabajó hasta



FOTOGRAFÍA JOSE VEA/ATON

Ramón Latorre, Premio Nacional de Ciencias:

“Entre científicos y políticos hay un diálogo de sordos”

El bioquímico chileno fue elegido miembro de la Academia de Artes y Ciencias de EE.UU., por su relevante contribución al campo de la neurociencia. Aquí habla de su intensa lucha por levantar el Instituto de Neurociencias, detenido desde 2018 por un hallazgo arqueológico.

1972. “Me fue bastante bien. Ese año volví a Chile. Pensé: ‘Ok, tomaré mi puesto en la universidad y ahí hasta envejecer’. A pesar de la escasez de fondos, junto buenos colegas, se hizo buena ciencia, pero vino el Golpe y salí disparado. Pensé: ‘en seis meses más, la dictadura cae y yo me vuelvo’”.

Regresó como investigador asociado a Duke, fue profesor asistente en la Universidad de Chicago y terminó como titular en Harvard, donde estuvo ocho años.

—¿Cuál es el secreto?

—Como decía Danton, uno de los padres de la Revolución Francesa: “Audacia, audacia y más audacia” (risas). Yo le agre-

garía “pasión, pasión y más pasión”. Y creerse el cuento. Yo soy una especie de hobbit, porque a los hobbits les cargan las aventuras, pero siempre están metiéndose en todo tipo de aventuras.

—¿Y cómo no se quedó allá?

—Las posibilidades de trabajo que tenía eran muy buenas, pero volví en 1983, porque Claudio Bunster me convocó para fundar el Centro de Estudios Científicos de Santiago. El trabajo en el CECS y en la Universidad de Chile iban muy bien, pero al caballero que le cargan las aventuras, se fue a Valdivia el 2000. ¡Era una locura!, el laboratorio mío estaba dentro de la lavandería del Hotel Schuster. Tenía unos seis

estudiantes metidos en 60m2 y algunos profesores invitados de diferentes universidades. Y en 2006, cuando la cosa andaba relativamente bien, me invitan como agregado científico del senador Gabriel Valdés, que se iba de embajador a Italia. Fue fantástico.

“No sabemos cómo funciona el sistema político”

La investigación es como el boxeo, sostiene Latorre. “Si no estás saltando constantemente la cuerda, se ablanda el estómago y pierdes la pelea. El trabajo permanente y la colaboración son fundamentales en la ciencia”.

A su regreso a Chile, su colega David Naranjo, le pidió ayuda para empujar la ciencia desde la V Región y en 2008 fundan el Centro de Neurociencias de Valparaíso. “Yo no quería volver a Santiago, porque pienso que para hacer país uno necesita hacerlo de Arica a Punta Arenas. Yo llegué acá con 67 años. Para mí lo más cómodo habría sido quedarme en EE.UU. O haber formado mi propio centro en la Facultad de Ciencias de la Chile. Pero un buen servidor público debe crear espacios en donde más lo necesita el país”, explica.

Así mismo comenzó a soñar con que el Instituto tuviera una casa propia, en el exEdificio Severín, en el Barrio Puerto, que se iba a convertir en uno de los enclaves científicos más relevantes del país.

“Pasamos mucho tiempo peleando por conseguir los fondos, pero cuando empezamos a construir (en 2018) se encontraron los restos de dos cementerios y ahí se paró todo. En ese mismo lugar vivió el Abate Molina (sacerdote de origen italiano), el padre de la ciencia chilena. Luego, fue el primer Congreso Bicameral, donde se escribió la Constitución de 1925. Además, la idea de introducir un centro de ciencia en un barrio que está tremendamente decaído era fantástica, porque es también un acto social”.

—En una ciudad reconocida como patrimonio cultural, podría haber sido todo más fácil...

—Esencialmente, Valparaíso es el triunfo de la entropía, del desorden, porque es una ciudad difícil. Hoy no es la misma ciudad que entonces. Mis colegas iniciaron el centro en el 2000, nos convertimos en un Instituto Milenio y pasamos 10 años en los que el centro creció. Pero yo, siempre en mi locura, pensando en instalarnos en este lugar. Pero la realización de este edificio se transformó en una especie de Puente Cau-Cau, al final creo que ni siquiera se va a construir. Necesitábamos un buen espacio para ciencia y fuimos derrotados. Me siento triste y vencido, por la inconsciencia de nuestros gobernantes.

—Iván Poduje escribió en *La Tercera* que Horizontal pidió, por Ley de Transparencia, al Consejo de Monumentos Nacionales (CMN) un reporte de los hallazgos arqueológicos en obras públicas y que, curiosamente, no existe. Un freno inexplicable para el desarrollo

científico.

—Total. Por acá pasaron cinco intendentes y hay cuatro ministerios involucrados: Desarrollo Social y de Familia, el MOP, Monumentos Nacionales y Ciencias, pero ninguno toma la batuta para resolverlo. Es una ganancia para la ciudad, no te imaginas lo contentos que estaban en el barrio y ese edificio está en comodato de la universidad por 40 años. ¡No hay avance alguno! El problema es que el hoyo sigue ahí y han pasado cinco inviernos; lo que había ya se destruyó. Estos restos arqueológicos ya no tienen ningún valor. Y ahora están pidiendo, para continuar la prospección de todo el sitio, miles de millones de pesos.

—Louis de Grange, expresidente de Metro, dijo que la búsqueda de hallazgos arqueológicos en las obras de las líneas 3 y 6, le costaron al fisco \$56 millones de dólares. Y que las piezas están guardadas.

—Lo mismo me dijo el exministro de Obras Públicas, porque Juan Carlos García fue director ejecutivo de nuestro centro y con él luchamos y pensé “ahora lo sacamos”. Pero no, es una pesadilla; constantemente creemos que vamos a tener una casa y, al día siguiente, todo se desinfla.

—¿Esto se debe a esta “permisología” de la que se habla y que impide la inversión en el país? ¿Cómo no buscaron un plan B?

—Los románticos se morían de tuberculosis por amor (sonríe). Estamos ahora pensando en un plan B, hacer el edificio en otra parte, porque ya no queremos seguir peleando. Es burocracia y falta de visión. La Unesco puso en el centro al futuro edificio como parte de la recuperación de patrimonio. Hay un fracaso total en reconocer al conocimiento como base fundamental para ser un país desarrollado. Los científicos no sabemos hablar con los políticos y los políticos no saben hablar con nosotros. Nosotros no sabemos cómo funciona el sistema político y ellos no tienen idea cómo funciona el conocimiento. Hay un diálogo de sordos. No podemos decir “denme más plata, porque somos muy importantes”; se necesita un conocimiento previo de dónde van a poner la inversión. Tenemos que crear un sistema de asesoramiento científico, pero con gente capaz de entenderse. ¿Por qué no tenemos un edificio de 50 pisos dedicados exclusivamente a la investigación del litio? Falta comunicación y confianza.

“La ciencia no es siempre A+B+C”

“Siempre tuvimos la idea de investigador-comando, es decir, al investigador tú lo tiras en Zambia o en Gaza y sobrevive; o en Harvard, y también sobrevive. Cuando tienes un cimientito, cuando la tierra está bien cultivada, puedes crear en cualquier parte”, analiza Latorre. El mismo Erwin Neher, invitado suyo en 2012, celebraba los avances del centro. Él dijo que Latorre fue clave en sus estudios en el campo de los canales iónicos que le die-

ron el Nobel de Medicina.

Latorre explica: “Hay receptores en nuestro organismo que son capaces de distinguir una sonata de Bach, el día o la noche, la música o el olor que viene de la cocina de la abuela; lo que se traduce en una señal eléctrica en nuestro sistema nervioso. Todas estas señales llegan a la célula, la que en su membrana tiene proteínas que son sensores moleculares, canales de iones que detectan la información que nos llega del mundo externo”.

Todo lo que partió en el mítico Laboratorio de Fisiología Montemar, fundado en 1965, por Mario Luxoro —que después fue decano de la Facultad de Ciencias de la U. de Chile—, quien comenzó a estudiar impulsos eléctricos en la jibia. “Estaban ahí Mitzi Canessa, Fernando Vargas, Eduardo Rojas... Era un lugar de gran artesanía, creábamos máquinas para detectar la electricidad a través de los nervios. En la mitad de la tesis, tuvimos una especie de tsunami que se llevó todo lo que había en el laboratorio. Llegamos a rescatar los equipos, los lavábamos con una manguera, los destilábamos en alcohol, los secábamos y los enchufábamos. Algunos estallaban y otros se recuperaban; esa manera de hacer ciencia nos permitió salir adelante. En Montemar se produjeron contribuciones a la biofísica muy importantes. Tuve la suerte de estar ahí”.

—¿Podemos aspirar a un Nobel desde Chile?

—Estoy seguro, pero hay que apostar. Nosotros trajimos a Valparaíso a investigadores Max Planck, porque hace muchos años los institutos Max Planck identificaban a tipos muy buenos y les entregaban todos los fondos que necesitaban. De ahí salieron Erwin Neher y Bert Sakmann, que se ganaron el Premio Nobel. Hay que apostar a la inteligencia y darles los medios para realizarse. Te aseguro que hay muchos premios nacionales que llegaron ahí después de haber tenido una cátedra presidencial (premio a las ciencias). Esas pequeñas acciones producen grandes resultados.

—¿Usted suele hablar de arte y ciencia? ¿Dónde convergen?

—Las manzanas de Paul Cezanne no son diferentes de la manzana de Newton. Entre los cielos de Van Gogh y los de Einstein no hay diferencia. En la ciencia es muy importante la estética. Paul Dirac dice que hay ecuaciones más bonitas que otras. Cuando una teoría entra en contacto con el universo tiene una belleza propia. Ocurre muy poco, pero un par de frases en un artículo te dan esa sensación. ¿Y sabías que si empiezas a agrandar una estrella de “La noche estrellada”, de Van Gogh, te encuentras con un virus covid? Hay un ejercicio de mi colega brasileño Leopoldo de Meis, quien hizo a varios científicos a elegir palabras apropiadas para la ciencia. Todos aquellos que eran realmente buenos subrayaron “intuición”, “belleza”, “cercanía”... Muy pocos eligieron “razón” o “lógica”. La ciencia no es siempre A+B+C.



Soy una especie de hobbit, porque a los hobbits les cargan las aventuras, pero siempre están metiéndose en todo tipo de aventuras”.



Necesitábamos un buen espacio para ciencia y fuimos derrotados. Me siento triste y vencido, por la inconsciencia de nuestros gobernantes”.